EL ETNOCIDIO EPIDEMICO EN EL ECUADOR

Por Plutarco Naranjo

Sociedad Ecuatoriana de la Historia de la Medicina, Quito

La palabra etnocidio no figura en el diccionario de La Real Academia de la Lengua. En cambio consta **genocidio**, que quiere decir "exterminio o eliminación sistemática de un grupo social por motivo de la raza, de la religión o de la política". La historia de la humanidad, en especial de América, cuenta con numerosos casos de exterminio casi total de pueblos enteros, cuando éstos entraron en contacto con gente de otros países u otros continentes en los cuales ciertas enfermedades contagiosas se habían vuelto endémicas, con brotes ocasionales epidémicos, mientras los primeros eran virgenes de tales afecciones. Es a este exterminio o eliminación de pueblos que denomino etnocidio epidémico.

Los pueblos que florecieron en el continente americano, desde Behring hasta la Patagonia, se mantuvieron libres de contacto con el Viejo Continente y Africa, por lo menos durante 30 mil años. En ese lapso, en Asia, Africa y Europa habían surgido numerosas enfermedades epidémicas, tanto virales como bacterianas, de las cuales

la población americana se mantuvo virgen hasta la venida de Colón, hecho histórico que inicia la etapa de la invasión epidémica del Nuevo Continente.

Los europeos primero, y luego los africanos que vinieron a reemplazar a la exterminada población de las islas caribeñas, nos trajeron varias y sucesivas epidemias.

Gracias a las cuidadosas investigaciones en archivos y publicaciones de la época, por parte de Francisco Guerra y otros historiadores de la medicina, se tiene ya una idea bastante clara de cual fue la primera epidemia que diezmo la población de la isla que se denominó La Española y luego de otras islas del Caribe, así como de la cronología y la secuencia de las otras epidemias.

Según dichas investigaciones la primera gran epidemia fue de gripe de la llamada variedad suina o porcina que fue propagada por los cerdos que trajo Colón en su segundo viaje. Tan pronto desembarcaron marinos y conquistadores así como los cerdos

y otros animales que transportaron a la isla Española, se inició la epidemia. Mantuvo en cama al propio almirante Colón y ocasionó algunos decesos entre los españoles y una inusitada mortalidad entre los nativos.

Como durante los primeros viajes los sitios de llegada de los barcos españoles estaban localizados en las islas del Caribe y luego pasaban hacia las costas norte de Sudamérica, y a las costas del golfo de México, fue la zona del Caribe la que sufrió los primeros embates epidémicos, y posteriormente las epidemias se propagaron por los territorios continentales, causando una de las más grandes mortalidades que registra la historia. Aunque hay apreciables diferencias entre los historiadores acerca de cuál fue el volumen de la población americana, desde quienes consideran que fue menor de veinte millones hasta quienes, según estudios más modernos, consideran de alrededor de cien millones, todos están de acuerdo en que tras la invasión epidémica la población se disminuyó en alrededor del 90%.

Al parecer, la primera epidemia de viruela que alcanza al actual territorio del Ecuador es la que en 1525, desde las costas del Caribe se extendió a lo largo del territorio de los Chipéas llegando hasta el Incaario. Según se calcula produjo la muerte de unos 200.000 aborígenes, entre ellos, el propio inca Huayna-Capac.

Saramiego en su *Cronología Médica*, señala el año 1530 como el de la primera epidemia de tífus en el antiguo Reino de Quito. Con probabili-

dad se trató de una segunda epidemia de viruela, pues el tífus vino a América mucho más tarde. En 1535 hubo una nueva epidemia de viruela y fue mucho más grave la siguiente la de 1558, que afectó a buena parte del territorio sudamericano y que, además, alternó con una epidemia de sarampión, segando millones de vidas.

Las actas del Cabildo de Quito, entre otros documentos, permiten seguir la cronología de las grandes epidemias, por lo menos en lo que hace referencia a la capital de la Real Audiencia, pues en cada epidemia mayor se hacían, por resolución del Cabildo, procesiones, rogativas y novenas. Según la concepción de la época las epidemias o pestes se debían a castigo divino y era preciso implorar la misericordia de Dios.

Tomaremos, como ejemplo, el acta correspondiente a la sesión realizada por el Cabildo el 19 de Junio de 1657, cuyo texto es el siguiente:

"En la Muy Noble y Leal Ciudad de San Francisco de Quito, en diez y nueve días del mes de Junio, año de mil seiscientos cincuenta y siete, el General don Diego de Sotomayor Valdenebro, Caballero del Orden de Calatrava, Corregidor de esta dicha ciudad, y los demás cabildulares que abajo firmarán sus nombres, se juntaron a tratar y conferir en su Cabildo, como lo han de uso y costumbre cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor, de su Majestad y bien de la República, en la manera siguiente:

"Tratase en este Cabildo, que se padece en la ciudad, diferentes enfermedades y achaques, en especial el de las virgüelas que tienen apostadas las casas de los más vecinos y van muriendo muchas personas de todas edades, y conviene acudir al remedio, así de muchas enfermedades, como del tiempo, que siendo ya de verano, no se han alzado las aguas y si prosiguen se perderán las sementeras, en daño general de toda la Provincia y en especial de los pobres y naturales (1) y para que se consiga así la salud universal, como la mejoría del tiempo, se acuerda de una conformidad se traiga a esta ciudad la Imagen de Nuestra Señora del Quinche, de su Santuario y se coloque en la Santa Iglesia Catedral, donde se le celebre con toda devoción un novenario para que se sirva de interceder con Jesucristo Nuestro Señor, y su hijo Preciosísimo se apiade de esta Provincia y de los que la habitan, enviando la seca que necesitan para sus sementeras, dando salud a los enfermos, preservándolos y a todos de las muertes que los amenaza, que con ésto es muy cierta la confianza que todos tienen en su piedad santísima".

"Ha de ser servido de aplacar la ira que le han ocasionado las culpas generales y particulares de esta República mediante la intercesión de su Madre Santísima,

pues, por ella ha conseguido siempre esta ciudad el consuelo en sus mayores trabajos y aflicciones. Y se nombran por diputados para que vayan por dicha Santa Imagen a don Joseph Antonio de la Carrera y Francisco Perez Guerrero los cuales den cuenta de este acuerdo a Su Señoría Señor Presidente de esta Real Audiencia e Ilustrísimo señor Cabildo Eclesiástico y el Mayordomo de la ciudad acuda al gasto de la cera, para su recibimiento el día del novenario que cupiere al Cabildo.

"Con lo cual se acabó este Cabildo y lo firmaron, con el Procurador General".

La magnitud del etnocidio puede calcularse por algunas de las cifras ya mencionadas. Pero se ilustra mejor con varias informaciones y datos que nos ofrecen algunos de los primeros Cronistas de Indias.

González de Mendoza, en su historia, refiriéndose a las minas de oro de Zaruma, a donde llegaron los españoles en 1554, las juzga como las más ricas del Virreinato del Perú, dice: "Están lastradas de oro como hierro en Vizcaya". No obstante la fabulosa riqueza que se obtenía de tales minas tuvieron que, a fines del siglo, ser abandonadas por la extinción de la población aborigen, tanto por las epidemias cuanto por los maltratos.

(1) Así se llamó a los aborígenes.

González de Mendoza dice: "Si no se les fuera acabando los naturales que por no saberlos conservar vinieron en tanta disminución de indios que los encomendados y los mineros no pudieron seguir las minas, y así les fue forzoso dejar la ciudad y salirse a vivir a Loja y a Cuenca y dejar despoblada a Zamora y muchas minas; y no fue el acabarse la mayor parte de labrar las minas con ellos, sino una enfermedad que suele dar entre los naturales de viruelas, y como los miserables no tienen quien se encargara de ellos y los cure, mueren muchos".

Los esposos Costales, en su revisión del Archivo Nacional de Historia, encontraron que en 1690 la población de la isla Puná, estimada en 12.000 al comienzo de la conquista, se había reducido apenas a 12 familias. Transcribiendo algunos párrafos de documentos del Archivo Nacional de Historia, los Costales dicen: "A medida que transcurría el tiempo la población disminuía. De modo que para la visita de 1686, casi a fines del siglo XVII, los naturales ayeudados en dicha isla llegaban "apenas hasta sesenta (60) familias, solteros, casados que huían de los de Machala". Curioso es anotar que los indígenas de Machala pertenecían a la jurisdicción de la isla de la Puná.

"Este problema, común entre todas las comunidades indígenas de la Costa, empezó a preocupar no sólo a las autoridades civiles sino incluso a las eclesiásticas y en particular a los misioneros (en este caso a los de la Merced, que tenían a su cuidado aquella jurisdicción). Los padres mercedarios

de Lima, por pedido del misionero que estaba a cargo de la isla, habían hecho representación por mano de fray José Antonio Mejía, procurador de la Orden, "de como los indios de la isla de Puná se iban consumiendo siendo tan menteseros para el avío del bien común". El término consumiéndose, según la acepción empleada para entonces, equivalía o significaba extinción por las pestes, las enfermedades o la muerte por maltratos. En este sentido ha de tomarse el término para entender su verdadero alcance. Para 1690, 156 años después de la conquista, la población indígena de la Puná se había reducido a DOCE FAMILIAS; esto es, a SESENTA PERSONAS que no podían cumplir con las obligaciones de la mita ni otras actividades económicas".

Juan de Velasco en su historia, presta atención particularmente a cuatro grandes epidemias, la de 1589 que habiéndose iniciado en Cartagena de Indias, avanzó hasta Magallanes. En el área de Quito, de 80.000 habitantes que había murieron alrededor de 30.000. La población de Caru se exterminó casi por completo, a tal punto que desde entonces no se volvió a nombrar gobernador inclusive desapareció del mapa. La epidemia de 1645, a raíz del terremoto de Riobamba, costó 11.000 vidas. Dice Velasco: "No se veían por las calles y plazas sino cadáveres y ruinas, ni se oían sino tristes alaridos y lamentos al sentir tan pesado el doble azote de la divina justicia".

En la peste de 1759, dice Velasco que "también participó de este caliz"

TABLA I
EPIDEMIAS DE VIRUELAS

Años de las principales epidemias en la Real Audiencia de Quito, durante los siglos XVI al XVIII (1).

1.525	+	+
1.530		
1.535		
1.558	+	+
1.580		
1.585		
1.587		
1.589	+	+
1.590		
1.611		
1.613		
1.645	+	+
1.655		
1.657	+	+
1.660		
1.669		
1.677		
1.692		
1.708		
1.746		
1.748		
1.759	+	+
1.762		
1.766		
1.783		
1.785	+	+
1.794		

(1) Las cruces indican mayor morbilidad y mortalidad

y que se caracterizó por violenta fiebre, mucho dolor y flojedad de nervios. Sólo uno de cada mil no se enfermó; se salvaron la mayoría de los españoles pero murieron más de 30.000 indios. Como enfermaban casi simultáneamente, según sostiene Velasco, la gran mortalidad no se debió tanto a la enfermedad cuanto a que nadie podía socorrerlos y murieron de inanición. En la peste de 1785, menciona que en cinco meses murieron de 25.000 a 30.000 en la parte del territorio de la Real Audiencia.

Eugenio Espejo cita que sólo la epidemia de sarampión de 1785 produjo 3.000 muertos de los 20.000 habitantes de Quito y a continuación se produjo la gran epidemia de viruela.

En la Tabla I resumimos la cronología de las epidemias de viruela que se produjeron en Quito, muchas de las cuales afectaron a toda la Real Audiencia.

Pero el exterminio de decenas de miles de los habitantes de esta parte del continente, no se debió sólo a la viruela contra la cual la población fue inmunizándose a lo largo de los dos siglos. Se debió también a las demás pestes que vinieron con los europeos y africanos.

El sarampión fue otra de las epidemias mortíferas. La primera epidemia según parece, tuvo lugar en 1558. Se repitió en el 85 en 1611 y 12 y luego se volvió endémica, con sólo ocasionales brotes violentos, como el de 1692 y el de 1785.

Hay noticias más ciertas sobre una epidemia de tabardillo, como así se llamaba el tifus en ese tiempo que se produjo en 1611. Desde entonces se repitieron otras epidemias, afectando en especial a la población aborígen contaminada de piojo.

En 1612 se registra la primera epidemia de *garratillo* que así se llamaba a la disenteria. Se repitió en 1614, en 1645. En 1649 hubo una epidemia en Guayaquil y luego se endemizó.

En 1672, se registra la primera epidemia de disenteria, que se repite en el 79 y desde entonces desaparece con grandes diferencias en intensidad y mortalidad.

En 1740, según anota Samaniego, se produce la segunda epidemia de "*ñómito prieto*", como se llamó, al comienzo, a la fiebre amarilla, epidemia que se produjo en Guayaquil. Desde luego no menciona el año de la primera epidemia. Se repitió en 1743 y luego en muchos otros años hasta la erradicación en el presente siglo.

El *paludismo* debió aparecer entre fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. En 1631 el jesuita padre López fue ya curado de paludismo por el médico aborígen Pedro Leiva, de Malacatos.

Las primeras epidemias fueron las más graves, con el paso de los años iban dejando cierto grado de inmunidad hasta, que en 1805, llegó la Real Expedición de Vacunas, a Quito, iniciándose la era de las inmunizaciones, por lo menos para las viruelas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARCOS, G.: *Evolución de la Medicina en el Ecuador*, *Anales de Univ. Central del Ecuador*, Nº 306: 967-1229, 1938.
- COSTALES, P. y A.: *Los aborígenes de la isla Puna. Supl. Domin. de El Comercio*, *Sébre*, 30, 1984, Quito.
- GONZÁLEZ SUAREZ, F.: *Historia del Ecuador*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1969.
- GUERRA, F.: *El Intercambio Epidemiológico tras el Descubrimiento de América*. Conferencia, en el X Congreso Latinoamericano de Farmacología, Quito, 1984.
- La influenza y no los españoles acabó con los indios americanos. *El Médico*, Nº 159: 48, 1985.
- Libro de Cabildos de la Ciudad de Quito, 1650 — 1657. Publicaciones del Archivo Municipal de Quito, 1969.
- PARDEJES BORJA, V.: *Historia de la Medicina en el Ecuador*. Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1963.
- SAMANIEGO, J. J.: *Cronología Médica Ecuatoriana*. Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1957.
- VELASCO J. de: *Historia del Reino de Quito*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1977 — 1979.